

FREUD Y LACAN

Por LOUIS ALTHUSSER

NOTA PRELIMINAR

Digámoslo sin rodeos: quien hoy quiera sencillamente comprender el descubrimiento revolucionario de Freud, no solamente reconocer su existencia, sino conocer también su sentido, debe recorrer, a costa de grandes esfuerzos críticos y teóricos, el enorme espacio de prejuicios ideológicos que nos separa de Freud. Porque, como vamos a verlo, no solamente el descubrimiento de Freud ha sido reducido a disciplinas que le son, en esencia, ajenas (biología, psicología, sociología, filosofía); no solo numerosos psicoanalistas, especialmente de la escuela americana, se han hecho cómplices de este revisionismo, sino, lo que es más, ese mismo revisionismo ha favorecido objetivamente la prodigiosa explotación ideológica de que ha sido objeto y víctima el psicoanálisis. No sin razón hace poco, en 1948, algunos marxistas franceses denunciaron en esta explotación una "ideología reaccionaria", que servía de argumento en la lucha ideológica contra el marxismo y de medio práctico de intimidación y de mistificación de las conciencias.

Pero hoy puede decirse que estos mismos marxistas fueron, a su modo, directa o indirectamente las primeras víctimas de la ideología que denunciaban: puesto que la confundieron con el descubrimiento revolucionario de Freud, aceptando así la posición del adversario, sometiéndose a sus condiciones y reconociendo, en la imagen que les imponía, la pretendida realidad del psicoanálisis. Toda la historia anterior

de las relaciones entre el marxismo y el psicoanálisis se basa, en lo fundamental, en esta confusión y en esta impostura.

Comprendemos que fuera especialmente difícil de evitar, en primer lugar dada la función de esta ideología: las ideas "dominantes", al jugar de manera efectiva y a la perfección su papel de "dominación", se imponen, sin que ellos se den cuenta, a los espíritus mismos que querían combatirlos. Pero también lo comprendemos debido a la existencia del revisionismo psicoanalítico que hizo posible tal explotación; la caída en la ideología comienza, en efecto, con la caída del psicoanálisis en el biologismo, el psicologismo y el sociologismo.

Que tal revisionismo haya podido fundamentarse en el equívoco de ciertos conceptos de Freud, que se vio obligado como todo inventor, a concebir su descubrimiento con los conceptos teóricos existentes y, por consiguiente, constituidos para otros fines, también podemos comprenderlo (¿Marx mismo no se vio forzado a pensar su descubrimiento usando ciertos conceptos hegelianos?). En ello no hay nada que pueda sorprender a un espíritu un tanto conocedor de la historia de las ciencias nuevas y preocupado de separar lo irreductible de un descubrimiento y su objeto de los conceptos que lo expresaron al nacer y que, al ser ya inactuales debido al progreso de los conocimientos, pueden enmascararlo ulteriormente.

Por tanto, retornar a Freud exige hoy lo siguiente:

1º No solo que se rechace como una burda mistificación la capa ideológica de su explotación reaccionaria.

2º Sino, aún más, que se evite caer en los equívocos, más sutiles, y sostenidos por el prestigio de algunas disciplinas más o menos científicas del revisionismo psicoanalítico.

3º Y consagrarse por fin a un trabajo serio de crítica histórico-teórica para identificar y definir, dentro de los conceptos que Freud tuvo que emplear, la verdadera relación epistemológica que existe entre estos conceptos y el contenido que pensaban.

Sin este triple trabajo de crítica ideológica (1º, 2º) y de elucidación epistemológica (3º), prácticamente inaugurado en Francia por Lacan, el descubrimiento de Freud quedará, en su especificidad, fuera de nuestro alcance. Y, de no hacerlo así, cosa que sería grave, tomaremos por Freud justamente lo que han puesto a nuestro alcance, sea que queramos rechazarlo (la explotación ideológica reaccionaria), o que, más o menos inconsideradamente, lo aceptemos (las diferentes formas del revisionismo bio-psico-sociológico). En ambos casos quedaríamos presos, a niveles diferentes, de las categorías explícitas o implícitas de la explotación ideológica o del revisionismo teórico. Los marxistas, que saben por experiencia cuáles fueron las deformaciones

que impusieron sus adversarios al pensamiento de Marx, pueden comprender que Freud haya podido padecer a su manera el mismo destino, y cuál es la importancia teórica de un auténtico "retorno a Freud".

Tendrá a bien admitirse que un artículo tan breve, que se propone abordar un problema de esta importancia, si no quiere traicionarlo, debe limitarse a lo esencial: ubicar el objeto del psicoanálisis para dar una primera definición, dentro de los conceptos que permiten la localización, cuestión preliminar indispensable para la elucidación de tal objeto. En consecuencia, tendrán a bien admitir que se haga intervenir estos conceptos, hasta donde sea posible en su forma más rigurosa, como lo hace toda disciplina científica, sin volverlos superficiales en un comentario de vulgarización demasiado aproximativo, y sin acometer la tarea de desarrollarlos a fondo en un análisis que exigiría un espacio muy distinto.

El estudio a fondo de Freud y de Lacan, que todos pueden acometer, será el único que dará la medida exacta de estos conceptos y que permitirá definir los problemas en suspenso en una reflexión teórica desde ahora rica en resultados y promesas.

L. A.

* * *

Con bastante derecho, algunos amigos me han reprochado el haber hablado de Lacan en tres líneas¹: el haber hablado demasiado de él para lo que decía y el haber hablado poco de él en relación con las conclusiones que sacaba. Me piden algunas palabras para justificar tanto mi alusión como su objeto. Aquí están algunas palabras donde sería preciso un libro.

En la historia de la Razón Occidental los nacimientos se rodean de todos los cuidados, previsión, precauciones, prevenciones, etc. El Prenatal es una institución. Cuando nace una ciencia nueva, el círculo de la familia está ya siempre dispuesto al asombro, al júbilo y al bautismo. Desde hace mucho a todo niño, aún expósito, se le atribuye un

¹ "Philosophie et Sciences Humaines". Cf. *Revue de l'Enseignement Philosophique*, junio-julio, 1963, pp. 7 y 11, nota 14: "Marx fundó su teoría sobre el rechazo del mito del 'homo economicus', Freud fundó la suya sobre el rechazo del mito del 'homo psychologicus'. Lacan vio y comprendió la ruptura liberadora de Freud. La comprendió en el sentido pleno del término, tomándola rigurosamente al pie de la letra y forzándola a producir, sin tregua ni concesiones, sus propias consecuencias. Puede, como todos, equivocarse en los detalles; aun en la elección de sus referencias filosóficas: se le debe lo esencial".

padre, y mucho más cuando se trata de un niño prodigio; los padres pelearían por apoderarse de él si no fuera por la madre y el respeto que se le debe.

En nuestro atestado mundo, se ha previsto lugar para el nacimiento y aun para la previsión del nacimiento: "prospectivo".

Que yo sepa, en el curso del siglo XIX nacieron dos o tres hijos no esperados: Marx, Nietzsche, Freud. Hijos "naturales" en el sentido de que la naturaleza ofende las costumbres, la justicia, la moral y el saber vivir; la naturaleza es la regla violada, la madre soltera, o sea la ausencia de padre legítimo. La Razón Occidental hace pagar caro un hijo sin padre. Marx, Nietzsche, Freud se vieron obligados a pagar la deuda, a veces atroz, de la supervivencia; precio que se pagó en exclusiones, condenas, injurias, miserias, hambre y muerte o locura. No me refiero más que a ellos; se podría hablar de otros malditos, que vivieron su sentencia de muerte en el color, el sonido o el poema. Me refiero a ellos solamente porque significaron el nacimiento de ciencias o de crítica.

Que Freud haya conocido la pobreza, la calumnia y la persecución, que haya tenido un alma suficientemente sólida para soportar, interpretándolas, todas las injurias de su siglo, es algo que quizás no deja de tener relación con algunos de los límites y callejones sin salida de su genio. Dejemos este punto, cuyo examen es sin duda prematuro. Consideremos simplemente la soledad de Freud en su época. No hablo de la soledad humana, puesto que tuvo maestros y amigos aunque conociera el hambre; hablo de su soledad *teórica*. Porque, cuando quiso pensar, es decir, expresar en la forma de un sistema riguroso de conceptos abstractos, el descubrimiento extraordinario con que se encontraba a diario en el terreno de su *práctica*, se esforzó vanamente por buscar precedentes teóricos, padres en teoría y apenas si los encontró. Tuvo que soportar y poner en orden la situación teórica siguiente: ser su propio padre, construir con sus manos de artesano el espacio teórico para situar su descubrimiento, tejer con hebras prestadas, tomadas de un lado y otro, al tanteo, la gran red para coger, en las profundidades de la experiencia ciega, el superfluo pescado del inconsciente, que los hombres llaman mudo porque habla aún cuando duermen.

Esto quiere decir, para expresarse en los términos de Kant, que Freud tuvo que pensar su descubrimiento y su práctica dentro de conceptos importados, prestados a la física energética, predominante entonces; a la economía política y a la biología de su tiempo. Ninguna herencia legal tras él; si se exceptúa un lote de conceptos filosóficos (conciencia, preconsciente, inconsciente, etc.), quizás más molestos que fecundos, por estar marcados por una problemática de la conciencia, presente hasta en sus restricciones; ninguna heredad legada por ante-

pasado alguno; como únicos precursores, escritores: Sófocles, Shakespeare, Molière, Goethe; máximas, etc. Teóricamente, Freud levantó solo su aparato: creando sus conceptos propios, sus conceptos “domésticos”, bajo la protección de conceptos importados, prestados al estado de las ciencias existentes y, hay que insistir en ello, en el horizonte del mundo ideológico que iluminaba estos conceptos.

Así recibimos a Freud. Larga serie de textos profundos; a veces claros, otras oscuros; frecuentemente enigmáticos y contradictorios, problemáticos, armados de conceptos, muchos de los cuales nos parecen a primera vista caducos, no adecuados a su contenido, superados. Porque hoy no dudamos en absoluto de la existencia de este contenido: la práctica analítica en sí, su efecto.

Resumamos, entonces, este objeto que es Freud para nosotros:

1. Una práctica (el tratamiento). 2. Una técnica (método del tratamiento), que da lugar a una exposición abstracta, de aspecto teórico. 3. Una teoría, que está en relación con la práctica y la técnica. Este conjunto orgánico práctico (1), técnico (2), teórico (3), nos recuerda la estructura de toda disciplina científica. *Formalmente* lo que Freud nos ofrece sí posee la estructura de una ciencia. Formalmente, porque las dificultades de la terminología conceptual de Freud, la desproporción a veces notable entre sus conceptos y su contenido, nos lleva a la pregunta: ¿en este conjunto orgánico práctico-técnico-teórico nos las habemos con un conjunto realmente estabilizado, fijado realmente a nivel científico? Dicho en otra forma, ¿la teoría sí es allí realmente teoría en el sentido científico? ¿No es, por el contrario, una simple transposición metodológica de la práctica (el tratamiento)? De ahí la idea, corrientemente aceptada, de que bajo esas apariencias teóricas (debidas a una pretensión respetable pero vana de Freud mismo), el psicoanálisis seguiría siendo una simple práctica que, a veces, aunque no siempre, da resultados; simple práctica que se prolonga en técnica (reglas del método analítico), pero *sin teoría*, al menos sin verdadera teoría; si lo que llama teoría no es otra cosa que conceptos técnicos ciegos en los que refleja las reglas de su práctica; simple práctica sin teoría. . . no será entonces simple *magia*, que daría resultados, como toda magia, a consecuencia de su prestigio y de sus sortilegios, puesta al servicio de una necesidad o demanda social, que sería entonces su única razón, su verdadera razón de ser? ¿Lévi-Strauss habría sentido la teoría de esta *magia*, de esta práctica *social* que sería el psicoanálisis, al señalar en el *chaman* el antepasado de Freud?

¿Voluminosa práctica de una teoría en parte silenciosa? ¿Práctica orgullosa o avergonzada de no ser más que la magia social de los tiempos modernos? ¿Qué es, pues, el psicoanálisis?

La primera palabra de Lacan es para decir: en el principio fundó Freud una *ciencia*. Una ciencia nueva, que es la ciencia de un objeto nuevo: el inconsciente.

Declaración rigurosa. Si el psicoanálisis sí es una ciencia porque es la ciencia de un objeto propio, es también una ciencia según la estructura de toda ciencia: posee una *teoría* y una *técnica* (método) que permiten el conocimiento y la transformación de su objeto en una *práctica* específica. Como en toda ciencia auténticamente constituida, la práctica no es lo absoluto de la ciencia, sino un momento teóricamente subordinado; el momento en que la teoría hecha método (técnica) entra en contacto teórico (conocimiento) o práctico (el tratamiento) con su objeto propio (el inconsciente).

Si esta tesis es exacta, la práctica analítica (el tratamiento), que absorbe toda la atención de los intérpretes y de los filósofos ávidos de la intimidad de la pareja confidencial, en que la confesión del enfermo y el secreto médico profesional intercambian las sagradas promesas de la intersubjetividad, no posee los secretos del psicoanálisis: posee solamente una parte de su realidad, la que existe en la práctica. No posee sus secretos teóricos. Si tal tesis es exacta, la técnica, el método, no posee tampoco, sino como todo otro método, es decir, por delegación, no de la práctica sino de la teoría, los secretos del psicoanálisis. La teoría es la única que los posee, como en toda disciplina científica.

En cien lugares de su obra Freud se llama a sí mismo teórico; comparó el psicoanálisis en una perspectiva científica con la ciencia física surgida de Galileo; repitió que la práctica (el tratamiento) y la técnica analítica (el método analítico) no eran auténticas sino en cuanto se basaban en una *teoría* científica. Freud dijo y repitió que una práctica y una técnica, aun fecundas, no pueden merecer el nombre de científicas sino cuando una teoría les daba ese derecho, no a base de declararlo simplemente, sino con un fundamento riguroso.

La primera posición de Lacan es tomar estas palabras al pie de la letra. Y sacar la consecuencia: retornar a Freud para buscar, discernir y separar en él la teoría de la que surgió con pleno derecho todo el resto, tanto el aspecto técnico como el práctico.

Retornar a Freud. ¿Por qué ese nuevo retorno a las fuentes? Lacan no vuelve a Freud como Husserl a Galileo o a Tales, para captar un nacimiento en su nacimiento; es decir, para realizar ese prejuicio filosófico religioso de la pureza que, como toda agua que brota a la superficie, sólo es pura en el instante mismo de su nacimiento, en el puro tránsito de la no ciencia a la ciencia. Para él este tránsito no es

puro; incluso es impuro; la pureza viene después de este tránsito; no está en el tránsito aún "fangoso" (el invisible fango de su pasado, suspendido en el agua naciente, que finge la transparencia, es decir, la inocencia). Retornar a Freud quiere decir: regreso a la teoría bien establecida, bien definida, bien cimentada en Freud mismo; a la teoría madura, afianzada, comprobada, a la teoría lo suficientemente avanzada e instalada en la vida (incluyendo la vida práctica), para haber edificado en ella su morada, producido su método y engendrado su práctica. El retorno a Freud no es un retorno al nacimiento de Freud sino un retorno a su *madurez*. La juventud de Freud, ese tránsito conmovedor de lo que aún no es ciencia a la ciencia, (el período de las relaciones con Charcot, Bernheim, Breuer, hasta los Estudios sobre la Histeria, 1895), puede interesarnos, es verdad, pero a muy distinto título: a título de ejemplo del momento arqueológico de una ciencia, o como índice negativo de inmadurez, o sea para fijar mejor la fecha de la madurez misma y su aparición. Los albores de una ciencia son su edad madura: antes de esta edad es vieja; antes está en la edad de los prejuicios de que vive, como los prejuicios de un niño hacen que viva en la edad de sus padres.

Que una teoría incipiente, por consiguiente madura, pueda recaer en la niñez, es decir, en los prejuicios de sus mayores y de su descendencia, es algo que comprueba toda la historia del psicoanálisis. Ahí reside el profundo sentido del retorno a Freud, proclamado por Lacan. Tenemos que volver a Freud para volver a la madurez de la teoría freudiana; no a su infancia sino a su madurez, que es su verdadera juventud; tenemos que tornar a Freud pasando por encima del infantilismo teórico, de la recaída en la niñez, en donde una parte del psicoanálisis contemporáneo, sobre todo el americano, saborea las ventajas de tales abandonos.

Esta recaída en la infancia tiene un nombre, que los fenomenólogos comprenderán sin tropiezo: el psicologismo; u otro nombre que los marxistas oirán sin tropiezo: el pragmatismo. La historia moderna del psicoanálisis ilustra el juicio de Lacan. La Razón Occidental (razón jurídica, religiosa, moral y política *tanto como* científica), después de años de desconocimiento, desprecio e injurias (medios, por lo demás, siempre disponibles llegado el caso), no permitió efectivamente llegar a un pacto de coexistencia pacífica con el psicoanálisis sino a condición de anexarlo a sus propias ciencias o a sus mitos propios: a la psicología, sea behaviorista (Balbiez) o fenomenológica (Merleau-Ponty) o existencialista (Sartre); a la bio-neurología más o menos jaksoniana (Ey); a la "sociología" de tipo "culturalista" u "antropológico" (predominante en los Estados Unidos: Kardiner, M. Mead, etc.), y a la filosofía (cf. el "psicoanálisis existencial" de Sartre, la "Daseinsana-

lyse" de Biswanger, etc.). Algunos psicoanalistas aprobaron tales confusiones, esta mitificación del psicoanálisis, disciplina oficialmente reconocida al precio de alianzas y compromisos sellados con estirpes *imaginarias* de adopción pero con poderes muy reales, muy satisfechos de salir al fin de su ghetto teórico, de que se les "reconociera" como miembros incontestables de la gran familia de la psicología, la neurología, la psiquiatría, la medicina, la sociología, la antropología, la filosofía; encantados de poner en su éxito práctico la etiqueta de este reconocimiento "teórico" que, después de décadas de injurias y destierro, les confería finalmente el derecho de ciudadanía en el mundo: el de la ciencia, la medicina y la filosofía. No se habían dado cuenta del giro sospechoso de este acuerdo, en la creencia de que el mundo se rendía a sus razones, siendo que eran ellos los que se rendían, bajo los honores, a las razones de ese mundo al preferir sus honores a sus injurias.

Así, olvidaban que una ciencia no lo es sino en cuanto puede, incontestablemente, reclamar con derecho la propiedad de un objeto "propio", que sea suyo y solo suyo, y no la propiedad de una porción congrua de un objeto prestado, concedido, abandonado por otra ciencia, de uno de sus "aspectos", de algunos restos, que siempre se pueden aderezar en las cocinas a su modo, cuando el patrón ya se ha saciado.

De hecho, si el conjunto del psicoanálisis se reduce al "condicionamiento" behaviorista o pavloviano de la primera niñez; si se reduce a una dialéctica de las etapas descritas por Freud bajo la terminología de oral, anal y genital, del estado latente y de la pubertad; en fin, si se reduce a la experiencia originaria de la lucha hegeliana del *pour autrui* fenomenológico, o de la *apertura* del sér en Heidegger; si todo el psicoanálisis no es más que este arte de acomodar los restos de la neurología, la biología, la psicología, la antropología y la filosofía, ¿cuál es entonces el objeto propio que le queda, que la distingue realmente de estas disciplinas y hace de ella una ciencia incontestable? ².

² Las tentaciones más amenazadoras están representadas por la filosofía (que reduce fácilmente todo el psicoanálisis a la experiencia dual del tratamiento y encuentra en ella material para "comprobar" los temas de la intersubjetividad fenomenológica de la existencia-proyecto, o más generalmente, del personalismo); por la psicología, que anexa la mayor parte de las categorías psicoanalíticas como otros tantos atributos de un "sujeto" que ostensiblemente no le plantea problemas; finalmente, por la sociología que, al acudir en auxilio de la psicología, suministra el material para dar al "principio de realidad" su contenido objetivo (los imperativos sociales y familiares), que al sujeto le basta "interiorizar" para quedar armado de un "superego" y de las categorías correspondientes. Sometido en esta forma a la psicología o a la sociología, el psicoanálisis se reduce la mayor parte de las veces a una técnica de readaptación "emocional" o "afectiva", a una reeducación de la "función de relación", que no tienen nada que ver con su objeto real pero que, infortunadamente responden a una gran demanda y, lo que es más, muy orientada, en el mundo contemporáneo. Este es el aspecto que ha hecho del psicoanálisis un objeto de consumo corriente dentro de la cultura, es decir, dentro de la ideología moderna.

Aquí es donde interviene Lacan: para defender, contra estas “reducciones” y desviaciones que dominan hoy una gran parte de las interpretaciones teóricas del análisis su irreductibilidad, que no es más que la *irreductibilidad de su objeto*. Que sea necesario para esta defensa una lucidez y una firmeza fuera de lo común, capaces de rechazar todos los ataques de la hospitalidad devoradora de las disciplinas enumeradas, no lo dudará quien una vez en la vida haya medido la necesidad de seguridad (teórica, moral, social, económica), es decir, la inquietud de las corporaciones, (cuyo status es indisolublemente científico-profesional-jurídico-económico), amenazadas en su equilibrio y comodidad por la aparición de una disciplina singular, que obliga a todo el mundo a interrogarse, no solo sobre su disciplina, sino sobre sus razones para creer en ella, o, lo que es igual, para dudar de ella; amenazadas por la aparición de una ciencia que, por poco que se crea en ella, ofrece el riesgo de quebrantar fronteras existentes y, por consiguiente, de modificar el statu quo de varias disciplinas. De ahí la pasión contenida, la contención apasionada del lenguaje de Lacan, que no puede vivir ni sobrevivir sino en estado de alerta y de prevención: lenguaje de un hombre de antemano sitiado y condenado, por la fuerza abrumadora de las estructuras y de las corporaciones amenazadas, a adelantarse a sus golpes; a fingir por lo menos devolverlos antes de haberlos recibido y, de este modo, minar en el adversario la idea de aplastarlo con sus golpes. De ahí, también, ese recurrir en forma a menudo paradójica a la garantía de filosofías del todo ajenas a su empresa científica (Hegel, Heidegger), como otros tantos testigos de intimidación, arrojados al rostro de unos cuantos para inspirarles respeto; como otros tantos testigos de una objetividad posible, aliada natural de su pensamiento, para tranquilizar o enseñar a otros. Para condenar sin apelación que este recurso haya sido casi indispensable para sustentar un razonamiento dirigido *desde dentro* únicamente a los médicos, habría que ignorar tanto la debilidad conceptual de los estudios médicos en general como la profunda necesidad de teoría de los mejores médicos. Y, puesto que estoy en su lenguaje, que constituye para unos todo el prestigio de Lacan (“Góngora del psicoanálisis”, “Gran Dragón”, gran oficiante de un culto esotérico en que el gesto, el mutismo y la compunción pueden formar el ritual tanto de una comunicación real como de una fascinación muy “parisiense”), y para los otros (sabios o filósofos en primer lugar), su artificio, su rareza y su “esoterismo”, puede verse que no deja de tener relación con las condiciones de su ejercicio pedagógico; como tiene que enseñar la teoría del inconsciente a médicos, analistas o analizados, Lacan les da, en la retórica de su palabra, el equivalente teatralizado del lenguaje del inconsciente que es, como todos saben, en su esencia última “witz”,

equivoco, metáfora fallida o acertada: el equivalente de la experiencia vivida en su práctica, sea de analista o de analizado.

Basta comprender las condiciones ideológicas y pedagógicas de este lenguaje, es decir, tomar respecto de su "interioridad" pedagógica la distancia de "la exterioridad" histórica y teórica para discernir su sentido y su alcance objetivos, y reconocer su propósito fundamental: dar al descubrimiento de Freud conceptos teóricos a su medida, definiendo con todo el rigor hoy posible, el inconsciente y sus "leyes", que constituyen la totalidad de su objeto.

II

¿Cuál es el objeto del psicoanálisis? Aquello con que tiene que entenderse la técnica analítica en la práctica analítica del tratamiento, es decir, no el tratamiento mismo, no esta situación supuestamente dual en que trata de satisfacer su necesidad la primera fenomenología o moral que se presenta; sino los *efectos*, prolongados en el adulto que sobrevive, de la extraordinaria aventura que, del nacimiento a la liquidación del complejo de Edipo, transforma un animalito engendrado por un hombre y una mujer en hijo de hombres.

Los "efectos" del proceso para llegar a ser humano en el pequeño sér biológico surgido del parto humano: ahí está, en su lugar propio, el objeto del psicoanálisis que lleva el sencillo nombre de *inconsciente*.

Esta es la prueba que todos los hombres adultos superaron: que ese pequeño sér biológico logre sobrevivir y, en lugar de sobrevivir como niño de la selva convertido en hijo de lobos o de osos (como lo presentaban los cursos principescos del siglo XVIII), sobreviva como *niño humano* (después de haber escapado a todas las muertes de la niñez, de las cuales cuántas son muertes humanas, muertes que confirman el fracaso del devenir humano); los testigos quedan amnésicos para siempre y son con frecuencia víctimas de esta victoria, llevando en lo más hondo, es decir, en lo más ruidoso de sí mismos, las heridas, dolencias y cansancios de este combate por la vida o la muerte humanas. Es cierto que la mayor parte salen casi indemnes de esa lucha, o por lo menos, se dedican a hacerlo saber en voz alta; muchos de esos antiguos combatientes quedan marcados de por vida; algunos morirán un poco más tarde a causa del combate, a menudo reabiertas las viejas heridas en la explosión psicótica, en la locura, última compulsión de una "reacción terapéutica negativa"; otros, los más, en la forma más "normal" del mundo, bajo el disfraz de una deficiencia "orgánica". La humanidad no inscribe sino sus muertos oficiales en los memoriales de sus guerras; los que han sabido morir a tiempo, es decir, tarde;

hombres en guerras humanas, donde solo se despedazan y sacrifican lobos y dioses *humanos*. El psicoanálisis, a través de sus únicos sobrevivientes, se ocupa de otra lucha, de la única guerra sin memorias ni memoriales que la humanidad finge no haber librado jamás; la que cree haber ganado siempre de antemano, muy sencillamente porque sólo consiste en haber sobrevivido a ella, en vivir y crecer como cultura dentro de la cultura humana; guerra que se libra permanentemente en cada uno de sus vástagos que, arrojados, deformados, rechazados, cada uno por sí mismo, en la soledad y contra la muerte, tienen que recorrer la larga marcha forzada que transforma las larvas maríferas en niños humanos, en sujetos.

Es natural que el biólogo no sepa qué hacer con ese objeto; esta historia no es biológica! puesto que está íntegramente dominada desde su punto de partida por la coacción forzada del orden humano, que toda madre graba en el animalito humano con "amor" u odio maternos, desde su ritmo alimenticio y su entrenamiento. No hay nada de asombroso en que la historia, la "sociología" o la antropología no sepan qué hacer con ella, ya que se entienden con la sociedad, o sea con la cultura, es decir, con lo que no es el animalito, que no llega a sér humano sino al franquear ese espacio infinito que separa la vida de lo humano, la biología de lo histórico, la "naturaleza" de la "cultura". Nada de raro que la psicología se pierda allí, puesto que piensa que tiene que habérselas en su "objeto" con alguna "naturaleza" o "no naturaleza" humana, con la génesis de este existente identificado y registrado en los controles mismos de la cultura (de lo humano), mientras que el objeto del psicoanálisis es la cuestión previa absoluta, nacer o no ser, el abismo aleatorio de lo humano mismo en cada vástago de hombre. Que la "filosofía" pierda allí sus puntos de apoyo y sus guaridas, no es raro!, puesto que estos singulares orígenes la despojan de los únicos orígenes a los que rinde el homenaje de su sér: Dios, la razón, la conciencia, la historia y la cultura. Se dudará de que el objeto del psicoanálisis pueda ser específico y de que la modalidad de su materia, como la especificidad de sus "mecanismos" (para usar un término de Freud), sean de un orden totalmente diferente de la materia o de los "mecanismos" que el biólogo, el neurólogo, el antropólogo, el sociólogo, el psicólogo y el filósofo tienen que conocer. Basta reconocer esta "especificidad" y, por consiguiente, la distinción de objeto que la fundamenta, para reconocer al psicoanálisis un derecho radical a la especificidad de sus conceptos, ajustados a la especificidad de su objeto: el inconsciente.

Lacan no dudará de que, sin la aparición de una nueva ciencia, la *lingüística*, su tentativa de hacer teoría hubiera resultado imposible. Así ocurre en la historia de las ciencias: a menudo una ciencia no llega a serlo sino mediante el concurso y el desvío de otras ciencias, no solamente de ciencias existentes en el momento de su bautismo, sino también de otra ciencia nueva, que llegó tarde y que necesita tiempo para nacer. La sombra opaca provisional que arrojó sobre la teoría freudiana el modelo de la física energética de Helmholtz y de Maxwell desapareció hoy gracias a la luz que la lingüística estructural arroja sobre su objeto, permitiendo así, un acceso inteligible a él. Freud ya había dicho que todo dependía del lenguaje; Lacan precisa: "El discurso del inconsciente está estructurado como un lenguaje". En su gran obra primera, la *Ciencia de los Sueños*, que no es ni anecdótica ni superficial como se cree a menudo, sino fundamental, Freud había estudiado los "mecanismos" o "leyes", reduciendo sus variantes a dos: la *traslación* y la *condensación*. Lacan reconoció en ellas dos figuras esenciales definidas por la lingüística: la metonimia y la metáfora. De ahí que el lapsus, el acto fallido, la agudeza y el síntoma se convirtieran, como los elementos del sueño mismo, en *significantes*, inscritos en la cadena del discurso inconsciente, que doblan en silencio (es decir, con voz ensordecedora), debido al desconocimiento de la "represión", la cadena del discurso verbal del sujeto humano. De ahí que se nos presentara la paradoja, formalmente familiar a la lingüística, de un discurso doble y uno, inconsciente y verbal, que no tiene por doble campo sino un campo único, sin nada más allá que en sí mismo, es decir, el campo de la "Cadena Significante". De ahí que las más importantes adquisiciones de Saussure y de la lingüística surgida de él entraran con todo derecho en la comprensión tanto del proceso del discurso del inconsciente como del discurso verbal del sujeto y de su relación, es decir, de una relación no idéntica a su relación; en resumen, de su reduplicación y desplazamiento. De ahí las interpretaciones filosóficas idealistas del inconsciente como segunda conciencia, del inconsciente como mala fe (Sartre), del inconsciente como supervivencia cancerosa de una estructura inactual o sin sentido (Merleau-Ponty); todas las interpretaciones del inconsciente como "ello" biológico-arquetípico (Jung) se convertían en lo que eran: no un principio de teoría, sino "teorías" nulas, malentendidos ideológicos.

Quedaba por definir (y me veo obligado al peor esquematismo, ¿pero cómo escapar a él en unas cuantas líneas?), el sentido de esa *primacía* de la estructura formal del lenguaje y sus "mecanismos" que aparecieron en la práctica de la interpretación analítica, en función

misma del fundamento de esa práctica; del objeto de ella, o sea, los "efectos" actuales que quedan en los sobrevivientes, de la "humanización" forzada del animalito humano. Para responder a esta pregunta no basta invocar simplemente la primacía de hecho del lenguaje, que es el único objeto y medio de la práctica psicoanalítica. Todo lo que sucede en el tratamiento se juega dentro del lenguaje y por el lenguaje (incluyendo también el silencio, sus ritmos, sus pausas). Pero hay que demostrar plenamente *por qué* y *cómo* el papel que efectivamente juega el lenguaje en el tratamiento, a la vez materia prima de la práctica analítica y medio de producir sus efectos (el tránsito, como dice Lacan, de una "palabra vacía" a una "palabra llena"), de hecho no se basa en la práctica analítica sino en la medida en que se basa *justificadamente* en su objeto, el cual fundamenta en última instancia tanto esta práctica como su técnica; o sea, puesto que hay una ciencia, se basa en la *teoría* de su objeto.

En esto reside, sin duda, la parte más original de la obra de Lacan, su descubrimiento. Lacan demostró que ese tránsito de la existencia (en el límite puramente) biológico a la existencia humana (hijo de hombres), se operaba según la Ley del Orden, que yo llamaría Ley de la Cultura, y que esta Ley del Orden se confundía en su esencia *formal* con el orden del lenguaje. ¿Qué entender por esta fórmula a primera vista enigmática? En primer lugar que el *conjunto de ese tránsito* no puede captarse sino bajo la especie de un lenguaje recurrente y consignado por el lenguaje del adulto o el niño en tratamiento; consignado, asignado, localizado según la ley del lenguaje, en el que se fija y se da todo orden humano y, por tanto, todo papel humano. Además, que en esta asignación por el lenguaje del tratamiento, se trasluce la presencia de la Ley de la Cultura en el devenir humano; presencia actual, de la eficacia absoluta del orden en el tránsito mismo.

Para indicarlo en unas breves palabras, anotemos, a este efecto, los dos grandes momentos de este *tránsito*. 1. El momento de la relación dual, pre-edipiana, en que el niño, que no tiene que entenderse más que con un alter-ego, la madre, que marca su vida con su presencia (da!) y su ausencia (fort!)³, vive esta relación dual en la forma de la fascinación imaginaria del ego, siendo él mismo ese otro, *tal* otro, *cualquier* otro, todos los *otros* de la identificación narcisista primaria, sin poder jamás tomar ni respecto del otro ni de sí la distancia objetivante de la tercera persona; 2. El momento del complejo de Edipo, en que una estructura ternaria surge sobre el fondo de la estructura

³ Estas son las dos expresiones alemanas que Freud hizo célebres; con ellas anotaba un niño que él observaba la aparición y desaparición de su madre en la manipulación de cualquier objeto que la representaba.

dual, cuando el tercero, el padre, entra de intruso en la satisfacción imaginaria de la satisfacción dual, trastorna su economía, rompe los encantos e introduce al niño en lo que Lacan llama el Orden Simbólico, el del lenguaje objetivante, que le permitirá por fin decir: yo, tú, él o ella, que a su vez le permitirá al pequeño sér situarse como *niño humano* en un mundo de terceras personas adultas.

Tenemos, pues, dos grandes momentos: 1) el de lo imaginario (pre-edipiano); 2) el de lo simbólico (el complejo de Edipo manifiesto), o, para usar aquí un lenguaje diferente, el de la objetividad reconocida en la práctica (simbólico), pero que aún no se conoce (puesto que el conocimiento de la objetividad depende de otras edades y también de otras prácticas).

Y aquí está el punto capital que Lacan esclareció: los dos momentos están dominados, gobernados y marcados por una ley única, *la de lo Simbólico*. Incluso el momento de lo imaginario en sí, que acabamos de presentar unos renglones antes, para ser esclarecido, como antecedente de lo simbólico, como distinto de él (a saber, del primer momento en que el niño vive su relación inmediata con un sér humano —la madre— sin reconocerla en la práctica, como la relación simbólica que es, es decir, como la relación de un pequeño niño humano con una madre humana); este momento tiene que estar marcado y estructurado en su dialéctica por la dialéctica misma del Orden Simbólico, o sea, del Orden Humano, de la norma humana (las normas de los ritmos temporales de la alimentación, la higiene, los comportamientos, las actitudes concretas del reconocimiento, en que la aceptación, el rechazo, el sí o el no al niño no son más que la moneda sencilla, las modalidades *empíricas* de ese Orden constitutivo, Orden de la Ley y el Derecho de asignación que atribuye o excluye), en la forma misma del Orden de lo significativo, o sea bajo la forma de un Orden formalmente idéntico al del lenguaje ⁴.

Allí donde una lectura superficial u orientada de Freud solamente veía una niñez feliz y sin leyes, el paraíso de la “perversidad polimorfa”, una especie de estado de naturaleza marcado únicamente por etapas de carácter biológico, asociadas a la primacía funcional de una determinada parte del cuerpo humano; lugares de necesidades “vitales”

⁴ Formalmente. Porque la Ley de la Cultura, de la que el lenguaje constituye la forma y el acceso primeros, no se extingue en el lenguaje; su contenido son las estructuras reales de parentesco y las formaciones ideológicas determinadas en que viven su función los personajes inscritos en tales estructuras. No basta saber que la familia occidental es patriarcal y exógama (estructura del parentesco); también hay que esclarecer las formaciones ideológicas que rigen la paternidad, la maternidad y la niñez: ¿Qué es “ser padre”, “ser madre”, “ser niño”, en nuestro mundo actual? Queda por hacer todo un trabajo de investigación en lo que respecta a estas formaciones ideológicas específicas.

(oral, anal, genital)⁵, Lacan muestra la eficacia del Orden, de la Ley que, desde antes de su nacimiento, acecha a todo hijo de hombre por nacer y se apodera de él desde su primer grito para asignarle su ubicación y su papel, es decir, su destinación forzosa. El hombre franquea todas las etapas bajo el imperio de la Ley, del código de asignación, de la comunicación o la no comunicación humanas; sus "satisfacciones" llevan la marca indeleble y constituyente de la Ley, de la pretensión de la Ley humana que, como toda ley, no "ignora" nadie, especialmente los que la ignoran, pero que cualquiera, sobre todo sus fieles puros, puede torcer o violar. Esta es la razón por la cual toda reducción de los traumas infantiles a meras "frustraciones biológicas" está viciada de raíz ya que la Ley que les concierne, como Ley, hace abstracción de todos los contenidos; no existe ni obra como Ley más que por y dentro de esa abstracción y el hijo de hombres se somete a tal regla y la recibe con su primer aliento⁶. Allí comienza lo que comenzó desde siempre aún sin ningún padre vivo, lo que es la presencia en acto del Padre (que es la Ley), y, por consiguiente, del Orden de lo significativo humano, o sea de la Ley de la Cultura: ese discurso, con-

⁵ Cierta neuro-biología y cierta psicología se han sentido satisfechas al descubrir en Freud una teoría de las "etapas", que tradujeron sin vacilar directa y exhaustivamente en una teoría de la "maduración de las etapas", bien neuro-biológica o bio-neuro-psicológica, atribuyéndole mecánicamente a la maduración neuro-biológica el papel de una "esencia", en que las "etapas" freudianas serían únicamente el puro y simple "fenómeno", perspectiva que no es sino una reedición del antiguo paralelismo mecanicista.

⁶ Habría el riesgo de desconocer el alcance teórico de esta condición formal si se le opusiera la apariencia biológica de los conceptos (líbido, afectos, instintos, deseo), con que Freud piensa el "contenido" del inconsciente. Es el caso cuando dice que el sueño es la "realización del deseo" (Wunscherfüllung). En este mismo sentido Lacan dice que el sueño es el hombre en el "lenguaje de su deseo" inconsciente. Sin embargo, solo a partir de esta condición formal toman estos conceptos (aparentemente biológicos), su auténtico sentido, se les puede asignar y pensar un sentido y puede definirse y aplicarse una técnica del tratamiento. El deseo, categoría fundamental del inconsciente, no es inteligible en su especificidad sino como el sentido singular del discurso del inconsciente del sujeto humano: el sentido que surge en el "juego" y por el "juego" de la cadena significativa de que se compone el discurso del inconsciente. Como tal, el deseo está marcado por la estructura que dirige el devenir humano. Como tal, el deseo se distingue radicalmente de la "necesidad" orgánica de esencia biológica. Entre la necesidad orgánica y el deseo inconsciente no existe continuidad de esencia, como no existe tampoco continuidad de esencia entre la existencia biológica del hombre y su existencia histórica. El deseo está determinado en su ser equivoco (su "falta de ser" a decir de Lacan), por la estructura del Orden que le impone su marca y lo condena a una existencia sin lugar, a la existencia de la represión; a vivir de sus recursos y de sus decepciones. No se llega a la realidad específica del deseo partiendo de una necesidad orgánica, del mismo modo que no se llega a la realidad específica de la existencia histórica partiendo de la existencia biológica del "hombre". Al contrario: de la misma manera que las categorías de la historia son las que permiten definir lo específico de la existencia histórica del hombre, incluyendo determinaciones en apariencia puramente biológicas como sus "necesidades" o los fenómenos demográficos, al distinguir su existencia histórica de una existencia puramente biológica; así mismo, las categorías esenciales del inconsciente son las que permiten captar y definir el sentido mismo del deseo, al distinguirlo de las realidades biológicas que lo sustentan (exactamente de la misma manera que la existencia biológica sustenta la existencia histórica), pero sin *constituirla* ni *determinarla*.

dición absoluta de todo discurso; ese discurso presente desde lo alto, es decir, ausente de su abismo, presente en todo discurso verbal, el discurso de este Orden, este discurso del Otro, del gran Tercero, que es este Orden mismo, el *discurso del inconsciente*. En esta forma se nos da una toma *conceptual* del inconsciente que es, en todo sér humano, el lugar absoluto en que su discurso singular busca su propio lugar; busca, fracasa y, al fracasar, halla su propio lugar, se ancla en su lugar propio, en la imposición, la impostura, la complicidad y la negación de sus propias fascinaciones imaginarias.

Que a través del complejo de Edipo el niño se convierta en niño humano, sometiendo a la prueba de lo Simbólico sus fantasmas imaginarios y termine, si todo “resulta”, por llegar a ser lo que es y aceptarlo: niño o niña pequeños entre adultos, con sus derechos de niño en este mundo de adultos y dueño, como todo niño, del pleno *derecho* de llegar a ser un día “como papá”, es decir, un sér humano masculino, que tiene mujer y no únicamente madre; o “como mamá”, es decir, un sér humano femenino que tiene esposo y no solamente padre; ello no es más que el término de la larga marcha forzada hacia la infancia humana.

Lo que puede parecer asombroso o arbitrario es el hecho de que en ese drama último todo se representa con la materia de un lenguaje formado previamente, lenguaje que en el complejo de Edipo se centra enteramente y se ordena alrededor del significado *fálico*: atributo del Padre, atributo del derecho, atributo de la Ley, imagen fantasmagórica de todo Derecho; sin embargo, todos los psicoanalistas atestiguan que es un hecho de experiencia.

La última etapa del complejo de Edipo, la “castración” puede dar una idea de ello. Cuando el niño pequeño vive y resuelve la situación trágica y benéfica de la castración, acepta *no tener* el mismo derecho (fálico) que su padre y, sobre todo, no tener el Derecho del padre sobre su madre, que ahora se presenta investida del status intolerable de la doble función: madre para el niño pequeño, mujer para el padre; pero, al aceptar no tener el mismo derecho del padre, gana la seguridad de tener un día más adelante, cuando sea adulto, el derecho que, falto de “medios”, se le niega entonces. No tiene sino un pequeño derecho que será grande si él sabe volverse grande, “tomándose su sopa”. Cuando, a su vez, la niña pequeña vive y asume la situación trágica y benéfica de la castración, acepta no tener el mismo derecho de la madre; acepta, pues, doblemente no tener el mismo derecho (fálico) de su padre, ya que su madre no lo tiene (carece de falo), a pesar de ser mujer, por serlo y acepta, al mismo tiempo, no tener el mismo derecho de su madre, es decir, no ser aún mujer como lo es su madre. Pero, en revancha, gana con ello su pequeño derecho; el de niña peque-

ña y las promesas de un derecho grande, derecho completo de mujer cuando sea adulta, si sabe crecer, aceptando la Ley del Orden Humano, es decir, sometiéndose a ella y para eludirla, si es el caso, “no tomándose la sopa”.

En todos los casos, el momento de la fascinación dual de lo Imaginario (I), o el momento edipiano del reconocimiento vivido de la inserción en el Orden simbólico (2), toda la dialéctica del tránsito está marcada en su esencia última por el sello del Orden humano, de lo Simbólico, cuyas *leyes formales*, o sea el concepto *formal*, nos son suministradas por la lingüística.

De este modo la teoría psicoanalítica puede darnos lo que hace de toda ciencia, no una mera especulación, sino una ciencia: la definición de la esencia *formal* de su objeto, condición para que sea posible cualquier aplicación práctica, técnica, a objetos en sí *concretos*. En consecuencia, la teoría psicoanalítica escapa a las antinomias idealistas clásicas formuladas por Politzer, por ejemplo, cuando este autor le reprochaba sus *abstracciones*: el inconsciente, el complejo de Edipo, el complejo de castración, etc., exigiendo al psicoanálisis, cuyo alcance teórico revolucionario él fue el primero en comprender en Francia, que fuera una ciencia de lo “concreto”, verdadera “psicología concreta”. ¿Cómo puede el psicoanálisis, decía Politzer, tener la pretensión de ser la ciencia de lo *concreto*, que quiere y puede ser, si persiste en *abstracciones* que no son más que lo “concreto” alienado en una psicología abstracta y metafísica? ¿Cómo se puede juntar lo “concreto y lo abstracto a partir de semejantes abstracciones? En realidad ninguna ciencia puede prescindir de la abstracción, aun en el caso de no tener que habérselas en su “práctica” (que no es, fijémonos bien, la práctica teórica de esta ciencia, sino la práctica de su *aplicación* concreta), más que con esas variantes singulares y únicas que son los “dramas” individuales. Tal como Lacan las concibe en Freud (y Lacan no piensa nada fuera de los conceptos de Freud, pero dándoles la forma de nuestra manera científica, la única que *hay*), las “abstracciones” del psicoanálisis son auténticos conceptos científicos de su objeto en la medida en que como conceptos de él, contienen el índice, la medida y el fundamento de la necesidad de su abstracción; es decir, la medida misma de su relación con lo “concreto”, o sea su propia relación con lo concreto en su aplicación, comúnmente llamada práctica analítica (el tratamiento).

El complejo de Edipo no es, pues, un “sentido” oculto que carecería sólo de la conciencia o la palabra; no es una estructura sumida en el pasado, que siempre se puede reestructurar o superar mediante la “reactivación de su sentido”; el complejo de Edipo es la estructura

dramática, el "aparato teatral"⁷ que impone la Ley de la Cultura a todo candidato involuntario y forzado a la humanidad; una estructura que lleva en sí no solamente la posibilidad sino la necesidad de las variantes concretas en que *existe*, para cuanto individuo pueda llegar a sus umbrales, vivirla y sobrevivirla. En su aplicación, llamada práctica (tratamiento), el psicoanálisis trabaja sobre los "efectos"⁸ concretos de estas variantes, es decir, sobre la modalidad del núcleo específico y absolutamente singular en que el tránsito del complejo de Edipo fue y es abordado, franqueado, parcialmente fallido o eludido por tal o cual individuo. Estas *variantes* pueden pensarse y conocerse en su esencia misma a partir de la estructura *invariante* del complejo de Edipo, precisamente por la razón que hace que todo este tránsito haya estado marcado, desde su etapa previa de la fascinación, tanto en sus formas más "aberrantes" como en las más "normales", por la Ley de esta estructura, forma última del acceso a lo Simbólico de acuerdo con la Ley misma de lo Simbólico.

Sé que estas breves indicaciones no sólo van a parecer, sino que son sumarias y esquemáticas y que una serie de nociones, invocadas o anticipadas aquí, exigirían largas ampliaciones para quedar justificadas y fundamentadas. Aún esclarecidos su fundamento y las relaciones que tienen con el conjunto de nociones que las soportan, aún remitidas a la letra de los análisis de Freud, presentan, a su vez, problemas; no solo problemas de formación, de definición y de esclarecimiento conceptuales sino nuevos problemas reales, causados necesariamente por el incremento del esfuerzo de teorización del que acaba de tratarse. Por ejemplo, ¿cómo pensar rigurosamente la relación entre la estructura formal del lenguaje, condición de la posibilidad absoluta de la existencia y de la comprensión del inconsciente por una parte, las estructuras concretas del parentesco por otra y, finalmente, las formaciones ideológicas concretas en las que se viven las funciones específicas (paternidad, maternidad, niñez), implícitas en las estructuras del parentesco? ¿Puede concebirse que la variante histórica de estas últimas estructuras (parentesco, ideología), pueda afectar en forma notable tal o cual aspecto de los momentos aislados por Freud? Otra pregunta: ¿En qué medida puede el descubrimiento de Freud, pensado en su racionalidad, mediante la simple definición de su objeto y lugar, tener resonancia en las disciplinas de que se distingue, tales como la psico-

⁷ Expresión de Lacan ("Aparato"), siguiendo a Freud ("ein anderes Schauspiel... Schauplatz"). Desde Politzer que habla de "drama", hasta Freud y Lacan, que hablan de teatro, escena, escenificación, maquinaria, género teatral, director, etc., hay toda la diferencia que hay entre el espectador que se cree teatro, al teatro mismo.

⁸ Si se encuentra este término de "efecto" en el contexto de una teoría clásica de la causalidad, se entenderá por él la presencia actual de la causa en su efecto (cf. Spinoza).

logía, la psico-sociología, la sociología, y provocar en ellas preguntas sobre el status, a veces problemático, de su objeto? Finalmente una última pregunta entre tantas otras: ¿Cuáles son las relaciones que existen entre la teoría analítica y 1. las condiciones de su aparición histórica por un lado; 2. las condiciones sociales de su aplicación por otro?

1. ¿Quién era, entonces, Freud para haber podido a la vez fundar la teoría psicoanalítica e inaugurar, en calidad de Analista número uno, *auto-analizado*, Padre originario, la descendencia de “practicantes” que se amparan de él? 2. ¿Quiénes son, entonces, los *psicoanalistas*, que aceptan a un mismo tiempo y en la forma más natural del mundo la teoría freudiana, la tradición didáctica dependiente de Freud y las condiciones económicas y sociales (el status social de sus “sociedades” estrechamente ligado al status de la corporación *médica*), en que ejercen su profesión? ¿Hasta qué punto repercuten en la teoría y en la técnica psicoanalítica los orígenes históricos y las condiciones socio-económicas del ejercicio del psicoanálisis? Sobre todo, ¿hasta qué punto, puesto que ésta es la realidad, se ven afectadas la teoría y la técnica analíticas en su contenido mismo por el *silencio* teórico de los psicoanalistas en lo referente a estos problemas; por el rechazo teórico que padecen estos problemas en el mundo del análisis? ¿La eterna cuestión del “fin del análisis” no guarda, junto con otras, relación con este rechazo, es decir, con *la falta de pensamiento de estos problemas*, que eximen de la obligación de hacer una historia epistemológica del psicoanálisis y de una historia social e ideológica del mundo del análisis?

Son otros tantos problemas reales auténticamente abiertos y que constituyen en adelante otros tantos campos de investigación. No es imposible que ciertas nociones no salgan transformadas de esta prueba en un futuro próximo.

El fondo de la cuestión es la prueba a que Freud sometió, en su campo, una cierta imagen tradicional, jurídica, moral y filosófica, es decir, en definitiva ideológica, del “hombre”, del “sujeto” humano. No en vano comparó Freud algunas veces la resonancia crítica de su descubrimiento con los trastornos de la revolución copernicana. Desde Copérnico sabemos que la tierra no es el centro del universo. Desde Marx sabemos que el sujeto humano, el ego económico, político o filosófico no es el “centro” de la historia; hasta sabemos, contra lo que piensan los filósofos del Siglo de las Luces y Hegel, que la historia no tiene “centro” sino que posee una estructura que no tiene “centro” necesario más que en el desconocimiento ideológico. Freud nos descubre a su vez que el sujeto real, el individuo, en su esencia singular, no tiene la forma de un ego, centrado en el “yo”, la “conciencia” ni la “existencia”, trátase de la existencia del para sí, del cuerpo propio, o del “com-

portamiento"; que el sujeto humano está descentrado, constituido por una estructura que solo tiene "centro" en el desconocimiento imaginario del "yo", es decir, en las formaciones ideológicas en que se "reconoce".

Con ello, ya lo habrán notado, indudablemente se nos ha abierto una de las vías que nos llevará quizás un día a una mayor comprensión de esta *estructura del desconocimiento*, que es de interés primordial para toda investigación sobre la ideología.

Enero de 1964.

* * *

NOTA BIBLIOGRAFICA

La obra de Lacan, hoy dispersa en numerosas publicaciones colectivas, puede abordarse, para facilitar su acceso, en el orden siguiente:

1. "Les Complexes familiaux en pathologie" (*Encyclopédie Française*, de Monzie, Tomo 8. "La vie mentale". 1938).
2. "La causalité psychique" (*Evolution psychiatrique*, 1947, fascículo 1).
3. "Le stade du miroir comme formateur de la fonction du je" (*Revue française de Psychanalyse*, 1949, XIII, 4).
4. "La chose freudienne" (*Evolution psychiatrique*, 1956, fascículo 1).
5. "Les formations de l'inconscient" (Séminaire 57-58). (*Bulletin de psychologie*).
6. "Les relations d'objet et les structures freudiennes" (Séminaire 56-57). (*Bulletin de psychologie*, N° 10).
7. "Le désir et son interprétation" (Séminaire 58-59). (*Bulletin de psychologie*, enero 60).
8. Los siete números de la revista *La Psychanalyse* (P.U.F.), y especialmente el informe y las intervenciones de Lacan en el Congreso de Roma (N° 1) (informe de Lacan: "La parole et le langage dans la psychanalyse"). Los dos textos que aparecen en el N° 6 "Remarques sur le rapport de D. Lagache. La direction de la cure". El texto del N° 3 ("L'instance de la lettre dans l'inconscient"). El texto del N° 6 ("Sur les psychoses"), etc.
9. Entre los textos publicados por los discípulos de Lacan o influidos por sus enseñanzas, se aconsejan en primer lugar los artículos de S. Leclair en *La Psychanalyse*; el artículo de S. Leclair y J. Laplanche sobre el inconsciente (*Temps Modernes*, julio de 1961); los artículos de J. B. Lefèvre-Pontalis, sobre "Freud aujourd'hui" (*Temps Modernes*, Nos. 124, 125, 126; 1956); la obra de J. Laplanche sobre *Hölderlin* (P.U.F.); el libro de Maud Mannoni sobre *L'enfant arriéré et sa mère* (Seuil).

Traducción de MERY MORA RUBIO. Publicado con autorización del autor.